



PASCUA 2020

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Cuán profundamente hemos vivido todos el desierto de la Cuaresma, absteniéndonos de nuestras rutinas diarias, orando por la recuperación de nuestro mundo, y dándonos en nuevas maneras a nuestros seres queridos y comunidades durante este tiempo de pandemia. Cuan estrechamente han caminado al lado de Jesús en su camino al Calvario, sacrificando sus deseos, preferencias, agendas, energía, o incluso su salud, para responder al llamado de amarse los unos a los otros en servicio y caridad. Y, cuan intensamente han sentido la agonía del Viernes Santo y Sábado Santo, en la que María y los discípulos lloraron la pérdida de la presencia física de Jesús y anhelaron intensamente su regreso.

En la mañana de la Resurrección, unas mujeres fueron a la tumba de Jesús a llorar a un hombre muerto. Cuando pienso sobre la situación actual de nuestro mundo, y los efectos dramáticos que ha tenido en todas nuestras vidas, al parecer, nosotros también hemos caminado con las mujeres a la tumba para llorar. Con nuestras iglesias vacías esta Pascua, pareciera que nos han derrotado. Pero, mis amigos, escuchen las palabras dirigidas a las mujeres por el ángel que las recibió en la tumba, “¡No teman! Sé que están buscando a Jesús el crucificado. Él no está aquí, porque ha resucitado tal como él lo dijo. Vengan y vean el lugar donde él yacía”.

La señal de lo vacío no es una señal de destrucción y derrota. No; más bien, es la señal por excelencia de nuestra fe. San Pablo nos dice que, sin la Resurrección, nuestra fe es vana – no tendría sentido. (1 Cor 15,14) La tumba vacía es el recordatorio físico de la Resurrección y la evidencia de que nuestra fe no es en vano. La tumba vacía confirma que Jesús es Dios, que, de hecho, él resucitó de entre los muertos, y que triunfó sobre el pecado y la muerte.

Si bien nuestras iglesias ciertamente no son tumbas, les pido que reflexionen cómo estas son señales formidables de fe en un mundo lleno de temor. Nuestras iglesias vacías deberán recordarnos del poder de nuestra fe, el cual es el poder de la misericordia y el amor de Dios. Puede que estemos distantes físicamente el uno del otro – y, cuánto extraño verlos en Misa – pero no estamos solos. Nuestro Dios ha venido a salvarnos. ¡Jesús ha resucitado verdaderamente y está vivo! Él vive entre nosotros, ya que somos miembros de Su Cuerpo, y Él no nos ha abandonado.

Después de ver la tumba vacía, el ángel envió a las mujeres a decirle a los discípulos que Jesús había resucitado de entre los muertos. Les invito esta Pascua a contemplar cómo compartirán ese mensaje de fe, esperanza y amor con aquellas personas en sus vidas que necesiten este mensaje de esperanza. ¿Cómo sabrá alguien que han visto la tumba vacía y que ellos también pueden tener este gozo? ¿Cómo sus interacciones con los demás o las decisiones que ustedes tomen reflejarán un corazón que esté lleno de gratitud y dedicado al servicio? ¿Cómo sus acciones de autosacrificio y abnegación pueden ser testimonio de su respeto por la vida en nuestra comunidad? ¿Cómo perdonarán a los demás porque ustedes mismos han experimentado el perdón y la vida nueva en los sacramentos? ¿Cómo su anhelo por alcanzar el cielo atraerá a otros para que busquen ante todo el reino de Dios?

Que esta Pascua sea un tiempo de renovación para su fe. Vean la señal de la tumba vacía y regocíjense en la victoria de Cristo sobre nuestros pecados y la muerte. Decidan a regresar a Él con todo su corazón, confiando que él atenderá cada una de sus necesidades. Vivan en el gozo de la Resurrección y compartan ese gozo con quienes todavía no lo han experimentado. Yo oro continuamente por todos ustedes, para que, durante este tiempo de separación física, su fe sea fortalecida desmesuradamente y que sus corazones puedan abrirse para recibir la efusión del Espíritu Santo.

Con el gozo de la Pascua, me despido,
Sinceramente en Cristo,

+ Jerome E. ListECKi

Arzobispo Jerome E. ListECKi